

UNA NOVELA  
DE AMOR Y AVENTURAS  
RODEADA DE REALIDAD

Con *La española inglesa* iniciamos esta selección por su más que demostrada capacidad para despertar y, lo que es más difícil, mantener la atención de los lectores. Al fin y al cabo, desde el punto de vista del género, es una novelita bizantina o, como diríamos actualmente, de aventuras, con todos sus rasgos más característicos, sobre todo los conflictos amorosos más o menos idealizados. Así, abunda la acción, que se desarrolla en amplios y variados escenarios gracias a los viajes por tierra y mar, y nos intriga saber si los padres encontrarán a su hija y qué será de los enamorados.

En efecto, hay mucha invención, mucha fantasía, porque parece también una novela de caballerías, pero no medieval, sino de principios del siglo XVII, con el héroe invencible (Recaredo), que, para merecer a la dama (Isabela), supera peligros y retos diversos que no cesan de plantearse, entre ellos cumplir la promesa de presentarse en el plazo inexorable de dos años justos... Además, al valor y gallardía, el joven suma ser bondadoso en extremo, como su amada, cuya belleza moral es tan extraordinaria como su belleza física. Cervantes la describe remarcando al máximo tópicos de la literatura del Siglo de Oro<sup>15</sup> y lo encarna todo en

---

15. Se trata del modelo de la *donna angelicata* petrarquista, cuya belleza idealizada supera la de los astros y las flores y, sobre todo, la de las joyas más preciadas, un arquetipo repetido por los poetas renacentistas, los barrocos y el propio Cervantes, aunque este lo

una protagonista que, a pesar de haber sido raptada en su niñez y de haber crecido en una familia y en una sociedad que no eran las suyas, se mantiene libre y virtuosa.

Toda esta ficción se mezcla con la realidad, o con una ilusión de realidad perfectamente tramada por la genial capacidad cervantina de convertir lo inverosímil en verosímil. Y para dar visos de verosimilitud, nos muestra diferentes planos del contexto temporal, geográfico, autobiográfico, económico, lingüístico, religioso... Así, para demostrar que lo narrado ha existido, la obra se inicia con un hecho histórico que desencadena toda la acción: el saqueo de Cádiz por los ingleses en 1596. Y no es menos aval de la realidad terminar la historia situando a los personajes en el mismo presente del narrador y dando todos los detalles del casero y de la casa donde «se piensa que aún hoy vive»<sup>16</sup> la protagonista con su familia. También refleja la práctica tan extendida en la época de los corsarios ingleses y los piratas berberiscos, que, en este caso, lo mismo favorecen el logro del objetivo de los enamorados que lo complican. Un marco cronológico creíble que algún desajuste notable no desluce, como la presencia de la reina Isabel de Inglaterra en 1611, cuando había muerto en 1603, o algún error de fechas en la edad de los personajes.

Los múltiples escenarios de tanta acción y tantos viajes no se apartan nada de un entorno geográfico concreto, conocido y reconocible. No se trata de países de ensueño y fantasía, sino de espacios localizables y con sus nombres reales: Londres, el estrecho de Gibraltar, puntos geográficos de ambos lados del

---

ridiculiza en *El licenciado Vidriera*, al hablar de los poetas y la joyería que gastan en sus metáforas.

16. Como detalla el original: «Ricaredo, en cuya compañía se piensa que [Isabela] aún hoy vive en las casas que alquilaron frontero de Santa Paula, que después las compraron de los herederos de un hidalgo burgalés que se llamaba Hernando de Cifuentes».

Mediterráneo, poblaciones de Francia e Italia, sobre todo Roma, y, en España, Valencia, Cádiz y Sevilla, donde residió el autor un tiempo, y allí un convento y una casa determinados.

Don Miguel también hace vivir a sus personajes situaciones que recuerdan detalles de su biografía, tanto los relacionados con la vida militar marinera (estuvo embarcado como soldado y no solo en la batalla de Lepanto) o sus viajes por Italia (experiencia que el protagonista de *El licenciado Vidriera* nos refleja con más detalle), como con su cautiverio en Argel. Muestra de lo que decimos son, por ejemplo, sus descripciones de maniobras náuticas y estrategias de abordaje con las que Recaredo conquista hábilmente dos naves del corsario Arnaute Mamí y le arrebató un inmenso botín. Así, de paso, Cervantes se «venga» literariamente de este pirata que, en la realidad, capturó la galera<sup>17</sup> *Sol*, en la que él y su hermano navegaban de Italia a España, según algunos, en el paraje marítimo francés de Las Tres Marías. Y allí mismo y haciendo la misma travesía, las «galeotas turquescas» apresan al personaje y lo llevan a Argel, donde vive un cautiverio semejante al del escritor, incluso por la forma de ser rescatado por los frailes trinitarios, con cuya insignia y hábito azul de liberado llega el protagonista a Sevilla.

Sorprendente, por lo inusual en las novelas de aventuras como esta, pero que ofrece visos de realidad y cotidianidad, es la abundancia de referencias minuciosas y concretas que nos da Cervantes sobre cuestiones económicas y prácticas mercantiles. No olvidemos que se familiarizó con ellas durante su etapa como comisionado y recaudador de impuestos, aunque tuvo más de

---

17. *Galera*: Embarcación de vela y remos, alargada, estrecha y de borda baja; en el Mediterráneo se usaba más como barco de guerra que para transportar mercancías o personas. Los remeros solían ser «forzados», es decir, cautivos, en el caso musulmán, o presos, entre los cristianos.

un problema con el control de las inversiones y la contabilidad. Así, especifica en cifras el capital y el crédito de los que disponía para su negocio el padre de la protagonista; el dinero que ambos recibieron en Londres; el valor monetario concreto del botín capturado a los turcos; el precio de las joyas, las indemnizaciones, los regalos... Además nos explica el funcionamiento de los pagarés o cédulas bancarias, y especifica el nombre del mercader que lo hace efectivo a los personajes e incluso habla con los enamorados: Roque Florentín, el mismo con el que había tenido tratos el propio escritor.

Otra realidad de la que se nos muestran detalles es la lingüística, en este caso, la convivencia del inglés y el español, ya que la acción discurre en ambos dominios lingüísticos. Tal convivencia no parece plantear ningún conflicto, aunque al autor se le escapa algún desajuste o contradicción. Así, por ejemplo, Recaredo, que es inglés de pura cepa, en un momento dado habla tan bien el castellano ante unos cautivos españoles que lo creen compatriota; sin embargo, en otro pasaje cede la palabra a Isabela, porque dice no dominar nuestra lengua, y un poco después narra sus aventuras a la perfección en ella. Y algo parecido le ocurre a la reina Isabel de Inglaterra, que tan pronto habla en lengua castellana, dice que la domina y pide que se la hablen como pide un intérprete.

Reales son las luchas de religión que la novela refleja y en las que se ve envuelto el amor de la pareja. Aquí, además de los ya tradicionales enfrentamientos entre islam y cristianismo, se evidencian los existentes entre catolicismo y anglicanismo. Cervantes hace una clara afirmación del catolicismo, secreto y constreñido por el anglicanismo oficial, de algunos de sus bondadosos personajes ingleses. Uno de ellos, Recaredo, peregrina a Roma para reafirmar su fe, aunque otro, Clotaldo, inicia la historia con el secuestro de una niña de siete años. Por su parte, los anglicanos no salen muy mal parados, salvo la dama mayor

de la reina y su hijo, que son los malvados antagonistas. Y es que este relato, más que odio al disidente, rezuma profunda espiritualidad y religiosidad, de tal manera que ni la disyuntiva entre matrimonio y convento impide que sean perfectamente compatibles el amor humano (intenso, pero casto y puro) y el divino.

Por último, algunos de los nombres propios de persona que aparecen, que son muy pocos, como Isabel, Catalina,<sup>18</sup> incluso Ernesto<sup>19</sup> (Arnesto, en el original) o Tansi (:?), es verosímil que representen la castellanización del nombre inglés; pero no parece creíble en Clotaldo<sup>20</sup> y Recaredo<sup>21</sup> (Ricaredo, decía Cervantes). Se puede aventurar que lo que se pierde en realismo se pretende ganar en simbolismo, porque la caracterización onomástica de los personajes ayuda a construirlos y cohesionar su mundo de ficción.

También para introducirnos en ese mundo y hacérselo más creíble, el autor se vale de otras técnicas narrativas, como la diversidad de perspectivas o puntos de vista. En este sentido,

- 
18. *Catalina*: Nombre que parece venir del griego *Katharos*, «puro»; calificativo que se aviene con el personaje en el sentido de que esta mujer es inocente de lo que ha hecho su marido, aunque lo acepta resignada.
  19. *Ernesto*: Nombre germánico que significa «fuerte, firme, tenaz», como este tozudísimo personaje.
  20. *Clotaldo*: Nombre germánico que significa literalmente «gobernante glorioso». Aquí secuestra a la niña e inicia el conflicto, pero, curiosamente, más de veinte años después de que Cervantes publicara sus *Novelas ejemplares* (1613), Calderón de la Barca llama así al personaje que custodia y tutela a Segismundo, protagonista de *La vida es sueño*, estrenada en 1635.
  21. *Recaredo*: Nombre germánico propio del rey hispano visigodo que abjuró de la herejía arriana y abrazó el catolicismo. Aquí el personaje se mantiene fiel al catolicismo a pesar del anglicanismo oficial de su país.

además del narrador omnisciente en tercera persona (mayoritario en toda la novela), una carta de doña Catalina a Isabela, en segunda persona, nos informa de un hecho importantísimo y crucial para la evolución-complicación del conflicto principal. Tampoco faltan los diálogos directos, que dan una cierta sensación teatral de que somos espectadores-oidores, tanto de lo que dice la reina en un escenario como su palacio y ante la corte inglesa, como de los parlamentos de los protagonistas en una calle sevillana llena de público expectante y pendiente, como nosotros, de ver y oír qué pasa en un momento clave de la historia. Incluso el narrador deja el desenlace del conflicto en manos del héroe, el cual nos lo cuenta en primera persona como manera de avalar la veracidad de unos hechos que él vivió.

## LA ESPAÑOLA INGLESA

### I

Entre el botín que la flota inglesa capturó al asaltar la ciudad de Cádiz,<sup>22</sup> Clotaldo, un caballero inglés, capitán de uno de sus navíos, se apropió de Isabel, una preciosa niña de unos siete años. Desobedecía así las rigurosas y sabias órdenes del conde de Leste, que solo quería llevarse riquezas y no prisioneros, y ante él se quejaron los desconsolados padres de la más hermosa criatura que había en toda la ciudad. Aceptaban que los dejara pobres, pero no que les quitara a su hija, que era la luz de sus ojos.

El conde mandó buscarla e hizo pregonar por toda su armada que condenaría a pena de muerte a quien tuviera a la niña y no la devolviese; pero ni así logró que Clotaldo le obedeciera, porque guardaba a la hermosa Isabel como el

---

22. Como ya hemos comentado, es históricamente cierto que el 1 de julio de 1596 una escuadra angloholandesa, a las órdenes del almirante Howard, con más de 20.000 soldados, al mando del conde de Essex, saqueó e incendió la ciudad de Cádiz, llevándose un botín calculado en veinte millones de ducados. Cervantes, sin embargo, habla del conde de Leste, porque manipula el nombre o lo confunde con el conde de Leicester, famoso por sus ataques a España pero que había muerto en 1588.

regalo más valioso que podía ofrecer a Catalina, su mujer. Y así lo hizo, muy alegre, cuando llegó a Londres, mientras que sus padres se quedaron sin ella, tristes y desconsolados.

Quiso la buena suerte que Clotaldo, su mujer y su hijo, que por aquel entonces tenía doce años, fueran católicos, en secreto, porque en público aparentaban seguir la fe de su reina.<sup>23</sup> Catalina, noble, cristiana y prudente señora, cogió tanto amor a Isabel, que la criaba, mimaba y educaba como si fuera su hija; y la niña era de tan buen natural que aprendía con facilidad todo cuanto le enseñaban. Así llegó a hablar la lengua inglesa como si hubiera nacido en Londres, pero no perdía la española, porque Clotaldo procuraba traerle a casa, en secreto, a españoles que hablasen con ella. Es verdad que, con el tiempo y con los mimos, fue olvidando los que sus padres verdaderos le habían prodigado; pero nunca dejó de recordarlos y de suspirar por ellos.

Después de haberla instruido en todas las labores que puede y debe saber una joven honesta, le enseñaron a leer y a escribir más que medianamente; pero en lo que sobresalía fue en el canto y en tañer todos los instrumentos propios de una dama; y lo hacía tan bien y con una voz tan maravillosa que encantaba a cuantos la escuchaban.

Poco a poco, sus infinitas virtudes y gracias, más las que iba adquiriendo, fueron encendiendo el pecho del hijo de la casa, a quien ella estimaba y servía como a tal.

---

23. En 1534 Enrique VIII rompió con la Iglesia católica de Roma, se proclamó cabeza de la Iglesia anglicana o Iglesia de Inglaterra y persiguió cualquier otra opción religiosa que no fuera el anglicanismo.

Recaredo, que así se llamaba el joven, al principio la veía como si fuera su hermana, pero, según fueron creciendo, el agrado de mirarla se volvió en ardentísimo amor. En él cada vez era más firme la idea de conseguir su deseo por el matrimonio, la única manera que cabía esperar de la incomparable honestidad de Isabela (que así la llamaban ellos) y de la noble condición que él tenía.

Mil veces se propuso manifestar su decisión a sus padres, y otras tantas no lo hizo, porque sabía que habían dado palabra de casarlo con una joven escocesa muy rica y noble, y, como ellos, católica en secreto. Era evidente, según él decía, que no habían de querer dar a una esclava (si este nombre se podía dar a Isabela) lo que ya habían prometido a una señora. Y, claro, de tanto callar, pensar y no encontrar solución a su conflicto, se fue deprimiendo y enfermó gravemente.

Con esto la casa andaba triste y alborotada, ya que todos querían a Recaredo, y sus padres, con pasión, tanto por no tener otro hijo, como por su mucha bondad, valía y sensatez. El caso es que los médicos no acertaban la causa de la enfermedad, y él ni osaba ni quería descubrirla. Finalmente, le pareció tan gran cobardía dejarse morir sin intentar alguna solución a sus males que se decidió y, un día en que entró Isabela sola a cuidarlo, con desmayada voz y lengua turbada le dijo:

—Hermosa Isabela, por ti estoy como me ves, y en tus manos está que deje la vida pensando o que me la des si aceptas ser mi esposa a escondidas de mi familia, porque temo que se ha de oponer, al no conocer, como yo, lo que vales. Bastará, para recuperar salud y alegría, que me des

palabra de ser mía. Yo, como verdadero católico, prometo ser tuyo cuando llegue la feliz bendición de la Iglesia y de mis padres.

Mientras decía esto, Isabela estuvo escuchándolo, los ojos bajos, mostrando así que su honestidad y recato eran tantos como su hermosura y sensatez. Y, al ver que Recaredo callaba, le respondió así:

—Desde que quiso el cielo, no sé si por dicha o por desdicha, quitarme a mis padres y darme a los vuestros, decidí, por agradecimiento a las infinitas mercedes que me han hecho, no disgustarlos nunca. Por lo tanto, vuestra feliz propuesta se convertiría en desdicha si fuera contra su voluntad; en cambio, sería gran gozo si consideraran que os merezco; aun así, si esto se dilatara o no fuera posible, sabed que siempre os desearé el bien que el cielo pueda daros.

Aquí dio fin Isabela a sus honestas y discretas palabras y allí renació la salud de Recaredo; y renacieron las esperanzas de sus padres, que estaban muertas por su enfermedad.

Él había quedado con lágrimas en los ojos, y ella, con admiración en el alma de ver tan rendida a su amor la de Recaredo. Este, cuando se levantó del lecho, algo que a sus padres les pareció un milagro, no quiso tenerles más tiempo oculto lo que pensaba. Primero se lo manifestó a su madre y concluyó diciéndole que si no lo casaban con Isabela era como darle la muerte. Se extendió tanto en poner por las nubes las virtudes de la muchacha que le pareció a su madre que Isabela salía perdiendo al llevarse a su hijo por esposo. Estaba de acuerdo con él y le dio fundadas esperanzas de que haría que su padre también lo estuviera; y así fue, con lo que le había dicho su hijo lo convenció con facilidad

y solo le quedó fabricar excusas para anular el casamiento pactado con la doncella de Escocia.

Por aquel entonces tenía Isabela catorce años y Recaredo veinte, pero, en esta tan verde y tan florida edad, su mucha sensatez y conocida prudencia los hacían parecer mayores. Cuatro días faltaban para que les pusieran al cuello el yugo santo del matrimonio y los padres no cabían en sí de dicha y satisfacción por haber escogido a su prisionera por su hija, ya que valoraban más la dote de sus virtudes que las muchas riquezas de la escocesa. La celebración estaba a punto; los parientes y los amigos, convidados, y solo faltaba comunicar aquel enlace a la reina, porque, sin su consentimiento no se efectúa ningún casamiento entre los de sangre ilustre;<sup>24</sup> pero se retrasaron en pedirlo porque no dudaron de que se lo daría enseguida.

Tengo que decir que así estaban las cosas, cuando ese mismo día por la tarde nubló su alegría la llegada de un enviado de la reina con un mensaje para Clotaldo: su Majestad ordenaba que al día siguiente por la mañana llevaran a su presencia a su prisionera, la española de Cádiz. Respondió Clotaldo que de muy buena gana haría lo que su Majestad le mandaba. Pero cuando se fue el mensajero los pechos de todos se llenaron de turbación, de sobresalto y de miedo.

Temblaba Recaredo, presagiando algo malo. Clotaldo intentaba superar su inmenso temor confiando en Dios y en la prudencia de Isabela, aunque no dejaba de repetirle que, por todos los medios, evitara que se supiera que eran

---

24. La autorización real para los matrimonios de los nobles o personas vinculadas a la corona era una práctica generalizada en Europa.

católicos. Su espíritu estaba preparado para sufrir el martirio, pero todavía la débil carne se resistía a tan amargo destino.

—¡Pero si la reina sabe que he criado a esta niña como católica —decía doña Catalina—, deducirá que todos los de esta casa somos católicos! Porque si le pregunta qué ha aprendido en los ocho años que la tenemos prisionera, ¿qué ha de responder la pobre que no nos delate, por más sensata que sea?

Al oír todo esto, Isabela repitió estas o parecidas palabras:

—No se inquieten, que yo confío en que, en ese instante, la divina misericordia me dará palabras que harán que no solo no los condenen, sino que los valoren aún más.

De todas maneras, aquella noche no dejaron de cavilar. Por una parte, pensaban, si la reina hubiera sabido que eran católicos, no les hubiera enviado un mensaje tan apacible. Eso significaba que solo querría ver a Isabela, cuya sin igual hermosura y cualidades habrían llegado a sus oídos, como a todos los de la ciudad. Pero, entonces, eran culpables de no habérsela presentado. Por otra parte, siempre podrían excusarse con decir que, desde el primer momento, la escogieron para esposa de su hijo. Pero así eran culpables de planear un casamiento sin permiso de la reina, aunque esta culpa no les pareció merecedora de gran castigo.

Con esto se serenaron, y más aún cuando acordaron que Isabela no fuese vestida humildemente, como prisionera, sino como prometida de un noble tan distinguido como su hijo. Una vez tomada esta decisión, al día siguiente vistieron a Isabela a la española, con un vestido de

raso verde de falda larga, acuchillada,<sup>25</sup> forrada en rica tela de oro y toda ella bordada con valiosísimas perlas, que, en forma de eses, también cerraban las cuchilladas. Lucía collar y cinturón de diamantes, y abanico al estilo de las nobles españolas, mientras que sus mismos cabellos, que eran muchos, rubios y largos, entretejidos y sembrados de diamantes y perlas, le servían de tocado. Con este adorno riquísimo y con su elegante presencia y portentosa belleza, se mostró aquel día a Londres sobre una hermosa carroza y causó la admiración de cuantos la miraban. En el mismo carruaje iban también Clotaldo, su mujer y Recaredo; y, a caballo, los acompañaban muchos ilustres parientes. Con tanta fastuosidad, Clotaldo pretendía que la reina tratase a Isabela como a la futura esposa de su hijo.

---

25. *Acuchillada*: Con aberturas que, en una prenda de vestir, muestran una tela distinta y de otro color.